

# Fecha y escarnio

JOSEBA ARREGI

Acabar con ETA implica despedirse de la razón de sus asesinatos. Lo demás es continuar sin ETA, pero con la herencia de ETA

**A**unque algunos lleven predicando, desde antes incluso de que ETA anunciase el cese definitivo de lo que llama lucha armada, el advenimiento de nuevos tiempos, de tiempos gloriosos en los que todo va a ser posible, sobre todo la cuadratura del círculo, parece que viejas inercias se resisten a desaparecer de la plaza pública. Una de esas inercias radica en la manía de poner fechas para que algo suceda: la fe mágica en que puesta la fecha y anunciada, el suceso no tendrá más remedio que producirse, es más milenaria que el mismo pueblo vasco en la visión de Ibarretxe.

Ya tenemos fecha: 2015. En esa fecha comenzará una nueva era para Euskadi. Y será nueva porque una parte de la sociedad vasca, el Partido Nacionalista Vasco –partido, porque sólo es parte de la sociedad vasca– ha decidido unilateralmente que habrá acuerdo entre todos los de dentro de la sociedad vasca, y acuerdo con los de fuera. Olvidando, como siempre, que no pocos ciudadanos de la sociedad vasca se niegan a que nadie les encasille dentro o fuera, porque no se reconocen en ninguna de las dos categorías.

La verdad es que se trataría no del comienzo de una nueva era, sino de un verdadero milagro, para el que la historia vasca, la más reciente y la no tan reciente, no aporta ningún argumento. Se trataría de un milagro que solo es posible si los que no son nacionalistas vascos renunciaran a ser lo que son y asumieran sin más los postulados nacionalistas, lo que significaría tanto como que estuvieran dispuestos a renunciar a su libertad.

La realidad es que para quienes ahora se nos presentan como los adalides de los nuevos tiempos, la izquierda nacionalista radical, también la Transición iba a ser el comienzo de un nuevo tiempo, no el tiempo del Estatuto, sino el de la ruptura con el franquismo, con la historia, con la burguesía, con el capitalismo, con la colonización, para lo que contaban con el nada nuevo instrumento del fuego purificador, el fuego de la violencia terrorista que sana al asesinado y al asesino al mismo tiempo.

Aquel tiempo no llegó, lo que llegó fue la brutal losa del terrorismo continuado de ETA. Tampoco llegó el nuevo tiempo con el acuerdo de Estella/Lizarrá, el acuerdo entre nacionalistas, un acuerdo en el que entraba también una ETA en tregua, y que dejaba fuera a todos los demás. Llegó un ahondamiento de la fractura tradicional a la sociedad vasca. Tampoco llegaron los nuevos tiempos con las distintas ediciones del ‘plan Ibarretxe’, las que lo planteaban como condición para que ETA dejara de matar, y las que lo planteaban porque ETA ya no significaba nada para el futuro de Euskadi. Aumentó la crispación.

Lo único cierto es que el único tiempo nuevo que ha arribado a Euskadi es el del Estatuto, un nuevo tiempo a escala humana, un marco en el que se reconoce la existencia de una identidad nacionalista, de una lengua distinta al castellano, de una cultura diferenciada, pero también se reco-

noce que nada de todo ello posee la exclusividad de lo vasco, porque también existen identidades complejas, mestizas, también existen otras lenguas, otros sentimientos de pertenencia, y ofrece un marco en el que todos esos elementos plurales pudieran convivir siempre que fueran capaces de renunciar a su pretensión de exclusividad.

Pero incluso para aquellos que creían que la historia estaba más avanzada, que se habían producido cambios más profundos, ha llegado la hora de constatar que las viejas inercias siguen ahí, con los voceros de la izquierda nacionalista radical subrayando con la misma fuerza de siempre que lo que estamos viviendo se lo debemos a la lucha armada de ETA, es decir, a sus más de ochocientos asesinatos, reclamando que la sociedad vasca debiera dar las gracias a ETA por lo que ha hecho a lo largo de su existencia, llamándonos inmaduros a los que pedimos que ETA se disuelva –a la gran mayoría de la sociedad vasca–, y pretendiendo que creamos que están ultimando un gesto que reconocza a las víctimas de ETA, como si esto fuera posible en el horizonte del escarnio que supone legitimar todos los asesinatos de ETA porque, dicen, merece agradecimiento de nuestra parte.

Decir que ha llegado la paz de la mano de ETA, de Batasuna, de los mediadores y de los engrasadores –demasiados padres para la pobre paz– y que los asesinatos de ETA fueron legítimos significa

volver a asesinar a los ya asesinados, decir que estuvo bien cada uno de esos asesinatos. Ese escarnio a las víctimas familiares es el que asegura el advenimiento de la democracia plena, la solución del conflicto, la reconciliación de todos, según la opinión de los profetas del nuevo tiempo.

Los más moderados de los nacionalistas predicán que superada la lacra de ETA –para lo cual basta que digan que no van a matar más– ha llegado la hora del soberanismo, del derecho a decidir, de la autodeterminación, que ha llegado la hora en la que nadie pueda atreverse a impedir ese debate y la realización de esas

exigencias (Joseba Egibar) escudándose en la existencia de ETA. El problema reside en que por mucho que ETA diga que ya no va a matar más, ninguno de los asesinados reales va a resucitar. Seguirán asesinados, una realidad de muerte impuesta a la fuerza, una realidad que sigue ahí, al igual que la razón de esa realidad de muerte impuesta: la autodeterminación, el derecho a decidir, el soberanismo y como quiera que se llame.

No puede haber fin de ETA sin tener en cuenta esa realidad de asesinatos políticos, más de ochocientos asesinados en nombre de y a causa de un proyecto político, nacionalista y totalitario. Acabar con ETA implica despedirse de la razón de los asesinatos de ETA. Lo demás es continuar sin ETA pero con la herencia de ETA.

El escarnio a las víctimas que se está produciendo estos días de forma brutal y cruel no está desvinculado, por mucho que los profetas sean distintos, del anuncio de la fecha del 2015. Y supone el incumplimiento flagrante de la ley del Parlamento vasco de Reconocimiento y Reparación de las Víctimas del Terrorismo.



:: JOSÉ IBARROLA